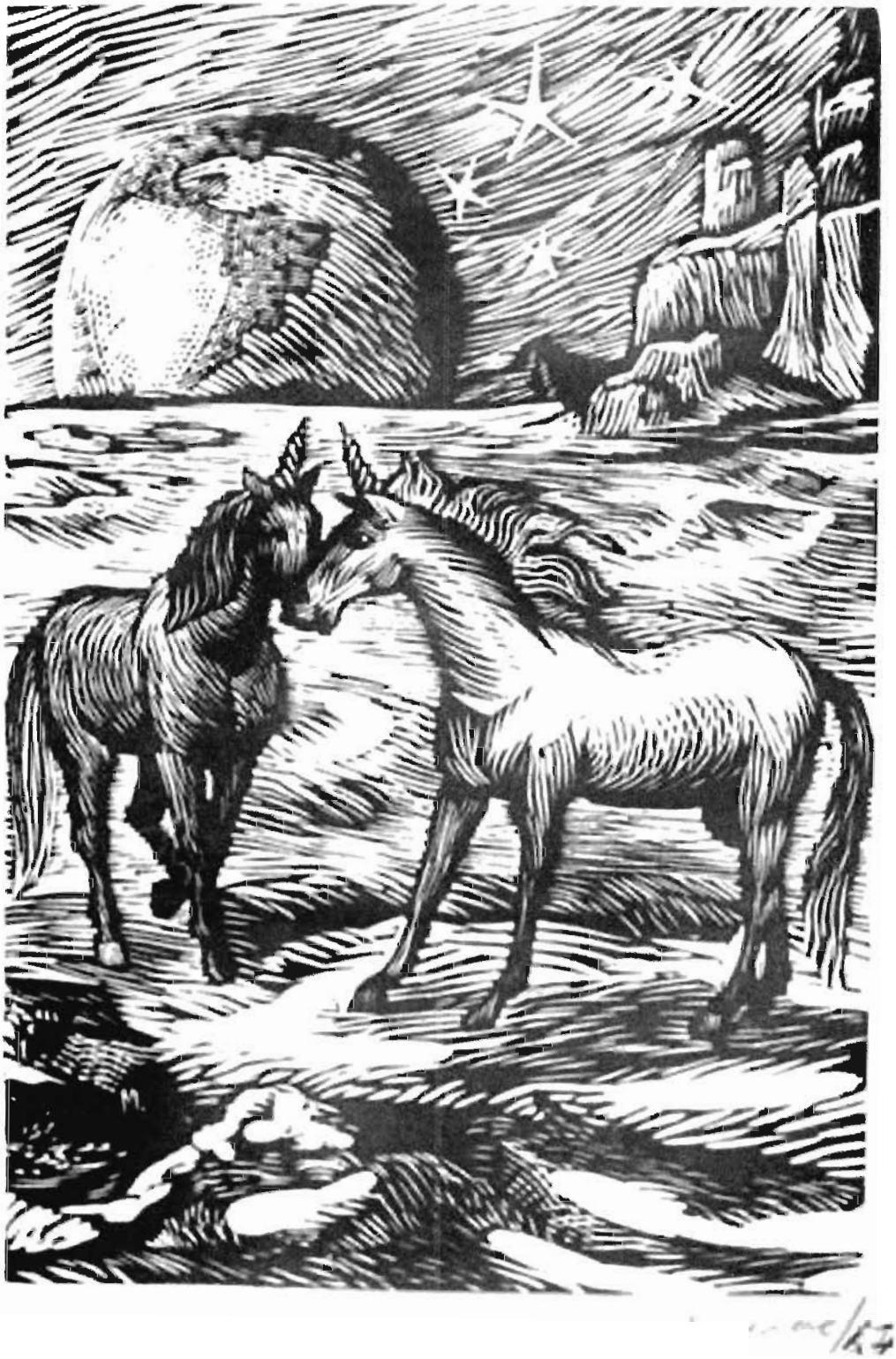
♦♦♦



♦♦♦

Poemas

Griselda Álvarez

♦♦♦

Sueño

Estás bajo mi lámpara dormido
y en sueños luchas, gimes, te retardas,
estás bajo mi lámpara y te guardas
como si bien despierto fueras ido.

Huyes quizá, tu pecho está vencido,
pero buscas mi mano y te resguardas,
respiras hondo y el aliento tardas
como en rotunda vocación de olvido.

Porque el sueño y la muerte son hermanos.
me asusta tu conciencia de esqueleto,
de relámpagos, hielos y veranos,

tu ya no ser tan siendo tan completo,
tan paradoja fragua de gusanos.
Y dormido te quiero y te respeto.

Paisaje

Amor, amante, amado, yo te digo
con letras rojas toda mi alegría,
por ti la pena entera gozaría,
sin ti la dicha fuérame castigo.



Amor amante amado. Me enemigo,
si el amor me retira compañía,
porque sin ti la vida es ironía
y lenta muerte que en afán persigo.

Árbol de mi costumbre y mi linaje,
dueño de mi ciudad y mi vereda,
ángel de acero, júbilo del viaje,

recuerdo de mi cuerpo, limpia seda.
Todo esto y más en íntimo paisaje,
que lo que sigue es polvo y humareda.

México de mi vida

Yo te miro en un niño de la calle,
cofre arriba limpiando un parabrisa
con la carita ayuna de sonrisa,
(ni una razón a que la risa estalle).

El vidrio diáfano «¡que no se raye!».
Mientras el porvenir del sin camisa:
violado por cualquiera, droga, prisa,
ganador de la vida en bocacalle.

Oscura piel de mugre sin aseo,
mirada con dureza que me embiste,
un sólido rencor que deletreo,

huesos al aire, niño que resiste.
Y ahí, aún en pie, ahí te veo
México de mi vida, imagen triste.

Diciembre 4 de 1995

♦♦♦

Lejana arquitectura*

Vejez, llévate todo: cutis terso
donde viajaron manos persuasivas,
ojos radiantes, lámparas votivas
que iluminaron noches de universo.

Llévate aquel andar que como en verso
mis firmes piernas eran decisivas.
Yo buscaba las cosas sustantivas
quizá muy lejos de un afán perverso.

Llévate de la avispa mi cintura,
dimensión increíble, lozanía,
llévate de mis senos la blancura

y el negro de mi pelo en armonía.
Llévate mi lejana arquitectura.
Pero déjame entera mi alegría.

Abril 30 de 1994

Desayuno

Si es que me siento sola, no me importa.
Con el ego me baño narcisista,
ante el espejo me hago una entrevista
y escribo lo que el vidrio me reporta:

la vejez asomada que soporta
un espíritu fuerte y optimista,
hay mucho más de risas a la vista
porque el dolor la vida nos acorta.

Tengo amigos y amigas; más de alguno
por teléfono a veces me resiste.
Espanto algún recuerdo inoportuno

Como si fuera mosca. Y si persiste
le invito un poco de mi desayuno.
Sé que estoy sola. Pero nunca triste.

Marzo 27 de 1995

Mercado de la Merced

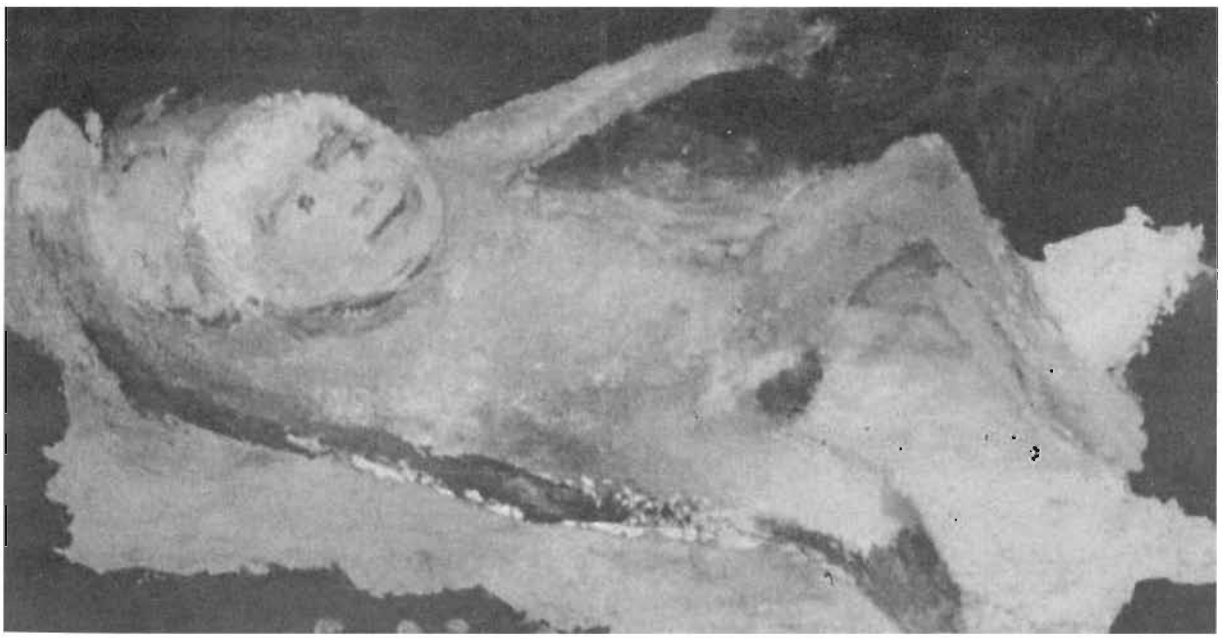
De la Merced hetairas baratonas,
mercado de la carne, pocos años,
son de trece o de quince, no hay
engaños.
¡Pásale mi marchante, son fregonas!

No pienses que quizá fueron personas
o que el SIDA letal les unta daños.
Es carne dura, fresca y son rebaños
ovejas negras estas alegronas.

¿Alegronas? Perdón, son niñas tristes
sin alfabeto, sin hogar, sin nada.
Miente su risa cuando las embistes.

Tal vez ya exista un hijo en su mirada.
Piénsalo sólo mientras te desvistes
y mandas tu conciencia a la tiznada.

Julio de 1996



♦♦♦

El primer recuerdo

¿Desde cuándo tenemos memoria del primer recuerdo? ¿Creen ustedes en los famosos traumas de la tierna infancia? ¿Los psicólogos pediátricos han encontrado una veta minera aún en tiempo de crisis?

Porque luego escucho que al senador Fulano le quitaron el chupón de manera brusca y precoz cuando era bebé y el psicólogo descubre que por eso se dedica ahora al «chupe» (viene de chupón) con grave deterioro del pacto federal. ¿Y que a fulanita la separaron de manera prematura de su osito de peluche y ahora es capaz de todo, todo, para juntar y tener un abrigo de mink?

De los cuatro años de edad tengo un recuerdo terrible, el primero. Sin embargo, me considero una mujer normal, más o menos, sin ninguna pataleta porque tratan de ganarme la curul. Nunca he presentado un shock porque me enfrenté a personas que han tomado un diplomado para hablar mal de mi partido.

Sí, normal, con tendencia al pacifismo, con marcadas inclinaciones para ayudar al prójimo.

El recuerdo lo conservo claro y fino como una película que corriera lenta y claramente.

Estoy sentada en una silla de tijera color amarillo claro con unos bordados como interrogaciones de color verde. Es de grueso paño. Lo sé porque muchos años después la he de encontrar en el cuarto de los tiliches.

La silla es pequeña como yo.

Ya casi va a salir el sol. Un vaho caliente viene del jardín y se oyen trinos por dondequiera.

De repente entra mi madre a la recámara. Lleva una bata rojo oscuro, los largos hermosos, semirrubios cabellos sueltos, va descalza y camina aprisa. Se sienta frente al espejo del tocador y toma un objeto que no conozco. Después sabré que se llama estilete. Se abre la bata y se descubre los senos blanquísimos y exuberantes. Ahora, trata de enterrarse el arma pero seguro tropieza con algo duro porque la saca y la vuelve a hundir con igual resultado.

Yo ya conozco la sangre porque varias veces mis rodillas han sufrido descalabraduras cuando me he resbalado duramente. Pero esta sangre que veo es mucha y me da miedo. Quizá si yo gritara ya no saldría. Ella tiene los ojos cerrados pero no se ha caído de la silla.

Entra mi padre y más gente. Gritan todos y van de un lugar a otro. Son tan altos que ya no veo dónde está mi mamá. Rasco las interrogaciones verdes de mi sillita de tijera. Entonces alguien grita muy fuerte: «¡Ay, si aquí esta la niña!»

Quizá ese mismo alguien me toma en brazos. Siento que subo por el aire mientras que se bajan las lámparas y los espejos. Estoy mucho más alta, me hacen cariños, muchos cariños y me dan azúcar. No se por qué.

•

Mi madre era la hija menor de la familia Ponce de León y la única mujer. La habían precedido cuatro varones: Aurelio, Rafael, Juan y Guillermo. Creció consentida y llena de mimos en un hogar opulento. Nunca había tenido una pena. Hacían todos la voluntad de la menor.

A su tiempo contrajo matrimonio con mi padre. Él era un hacendado de polendas y de contradicciones: Tosco y tierno, cariñoso con mi madre y enamoradizo con quien podía. Sus ojos hermosos le valieron el mote de El Moro. También le dijeron Capacha por la hacienda del mismo nombre. Esa mañana de mi primer recuerdo se había levantado en la oscurana del amanecer y mi madre al no encontrarlo en la cama se había encaminado a los cuartos de servicio…

Yo, por el calor del trópico, de vez en vez me despertaba al alba y me gustaba pasarme a la recámara de mis padres, como ese día.

Años más tarde completé el rompecabezas con informes y chismes y entendí por qué mi madre había intentado suicidarse pinchando en costilla dos veces. Mala torera y guapísima señora no educada a soportar el sempiterno adulterio de los esposos.

A mí no me llegó el trauma por extraña reacción. ¡Ni modo Sigmund Freud! ♦